

M. CABELLERO

La verdad, ¡no! Por esto de la barba no podemos transigir. ¿Qué dirían ustedes si nosotras no nos peinaríamos? Afeitense ustedes, que es lo que marca la tabla. Y... una idea: ¿no creen que si lo hicieran dos veces al día tendrían más práctica y lo harían más rápidamente? ¡Agradecidísimas!



¡Su mujer tiene toda la razón! ¿Considera usted muy agradable para ella, cuando quiere asearse, que se encuentre con el lavabo lleno de los recortes de su barba? ¡Un poco de consideración!...



No es precisamente que su mujer sea un monstruo de celos; pero... que cuando vayan por la calle juntos tenga usted que quedarse mirando fijamente a todas las mujeres guapas que pasan y ¡aun volver la cabeza!... Con lo práctico que es mirar de reojo...

Ustedes lo dicen porque ciertamente en sus comentarios sobre nosotras no dan prueba de gran originalidad; pero es un puro tópico eso de decir que tenemos mal gusto para escoger corbatas. Cuando se les deja solitos escogen ustedes cada una...



¿Qué trabajo les costará a ustedes decir un piropo a su propia mujer? ¡Con la facilidad que tienen ustedes para decirselo a las «otras»! Y en el fondo están ustedes convencidos de que es la más guapa. Pero... ¿qué dirían los amigos, verdad?

¿Es usted un hombre moderno? ¡Menos mal! Entonces ya sabrá usted que el considerar cursi estar enamorado de su propia mujer es una teoría ya terriblemente pasada de moda. Ahora, honradamente, se lleva mucho.



En efecto, el escocés está de moda, pero no lo consideramos imprescindible que lo utilice usted en sus camisas. ¡Un tono liso o una rayita discreta hace tan elegante!

Se ha dicho que la vida de matrimonio es como un paseo en berlina—el hogar—, desde el que se contempla cómo la vida transcurre. ¡Pero que no sea «ella» siempre la que tenga que ir en la bigotera!

De gran emoción esa historia que usted ha contado en el almuerzo sobre la contestación, ¡tan ingeniosa!, que ha dado a su jefe cuando le llamaba al orden por impuntualidad. ¿Ha encontrado a su esposa algo distraída? ¡Si viera que también es emocionante, visto de cerca, el decidirse entre jureles o voladores!

¿La manicura? ¿Por qué no? No se trata de que se pinten ustedes las uñas, sino de que las lleven cuidadas, arregladas y además, ¡importantísimo!, perfectamente limpias.

Sentimos desilusionarle; pero la misión específica de la mujer no es quitarle a usted los zapatos, y mucho menos los calcetines. ¿Se ha olvidado ya de aquello de «compañera te doy, que no sierva»?

¿Cree usted sinceramente que su mujer es la enemiga natural de sus amigos? Pero si las conversaciones de éstos son tan interesantes que usted no puede vivir sin ellas, ¿no es un poco egoísta que prive usted a su esposa de escucharlas también? Seguramente ella estaría encantada de recibir a esos amigos en su casa o de acompañarle a usted al café.

Ni por un momento hemos dudado que usted es el hombre más «conquistador» de la tierra; pero si usted supiera que ni aun un ser tan extraordinario consigue «matar» a todas las mujeres de una mirada, ¿cómo se evitaría usted de hacer el ridículo!

Podemos asegurarle que, como mujeres, entendemos mucho de estas cosas, y la buena educación es una virtud perfectamente varonil y, ¡ay!, tan agradable...

Claro que no hemos hablado de la detestable costumbre de escupir. No se nos pasa por la cabeza que una persona que, como usted, tiene el buen gusto de aprender, pueda rebajarse a semejante—¡con perdón!—porquería.

Si en el ascensor suben con usted señoras, deberá usted descubrirse.

Hablarle a una persona del sexo femenino con el sombrero puesto, créame usted que no se estila, y no digamos nada del cigarrillo en la boca.

